



DAIMIEL: *Monasterio de Monjas Mínimas - Busto en bronce de la Venerable en la Sala de exposición*

OPCION HECHA VIDA

En el correr normal de la vida, te encuentras con personas que dejan huella en el propio ser por su gran riqueza espiritual e interpelan en mayor o menor intensidad; unas veces porque surge un trato personal directamente con ellas, otras, porque las conoces a través de quienes las trataron en intimidad.

Sor Consuelo Utrilla Lozano, monja mínima del monasterio de Daimiel (Ciudad Real), forma parte de este grupo de agraciados en dones particulares, gratuitamente recibidos del Dador de la Vida, que han colaborado con toda la capacidad de su ser al desarrollo de los mismos, conscientes de que todo es gracia y que lo donado en sí es para los demás. Esta convicción profunda les da un estilo de vida que les marca, apreciable para quienes tienen la dicha de conocerles.

La primera vez que tuve referencia de Sor Consuelo fue a través de un sacerdote que me desglosaba su entrega a Dios, vivida en coherencia evangélica hasta el momento de su muerte a los treinta y un años, acaecida en olor de santidad, tras una dolorosa enfermedad de linfosarcoma maligno manifestada en la clavícula derecha.

Me impactó profundamente el hecho en sí, pues no había oído nunca hablar de una persona coetánea muerta en olor de santidad.

El sacerdote, muy cercano a la Comunidad de M. Mínimas, me detalló la vida de Consuelo antes de ingresar y su entrega en el convento. Fue algo que se grabó en mí y quedó dentro en aquellos años del 60. Ella había fallecido en diciembre de 1956.

Cuando abracé la vida de las Monjas Mínimas (1967) en el mismo monasterio en que Sor Consuelo había vivido, comprobé que el entusiasmo con que oí hablar a aquel sacerdote, lo veía vivo en la Maestra de postulantes y demás monjas cuando me hablaban de Sor Consuelo, contándome anécdotas y virtudes.

Al pasar los años presencié el momento en que el Rvdo. P. General de la Orden, P. Andrea Lia, exhortaba a la Comunidad que debía darse a conocer la vida de Sor Consuelo y que debían comenzarse los trámites para una probable Causa de Beatificación.

Fueron momentos de reflexionar profundamente sobre la santidad y de cuestionarse sobre la entrega íntegra; momentos muy ricos porque las hermanas espontáneamente sacaban a luz sus impresiones y juicios sobre la santidad y la vida de Sor Consuelo. Y a las que no podíamos sino escuchar y acoger, nos enriquecían tanto lo anecdótico y virtuoso de lo referido sobre Sor Consuelo, cuanto el juicio emitido por cada hermana en el que se reflejaba y tras el que penetrabas en su interior.

Tuve además la dicha de poder ayudar en algo a la recogida de testimonios de personas que habían conocido a Sor Consuelo para el Proceso de Beatificación. Siempre fue un gozo constatar cómo personas muy sencillas y humildes, que la habían tratado desde pequeña, resaltaban de ella su gran corazón y su gran sencillez como forma característica de ser.

Realmente que Consuelo, tal y como la presentan sus testigos, es una chica de su tiempo que quedó fascinada por Cristo y que tuvo que sostener luchas y esfuerzos para ir acomodándose a la forma y a los criterios del Evangelio. Por eso Consuelo es realmente atractiva, pues su virtud, después tan natural y espontánea, supone un valor muy particular, porque arrancó de un esfuerzo desde un lugar lejano caminando y creciendo.

Su vida estimula porque la ves al principio cercana a ti y te empuja a caminar por los vericuetos del amor y de la humildad con unos pasos firmes en la abnegación y olvido de sí, hasta llegar a la configuración con Cristo Crucificado.

La talla humana y cristiana de Sor Consuelo afloró en una personalidad muy rica que abre a los jóvenes del final del milenio, horizontes amplísimos, fascinantes, a los ideales y condicionamientos de la juventud que hoy siente el anhelo y la búsqueda de lo noble, lo árduo, lo heroico, al modo e integridad de la mentalidad y criterio del momento histórico.

Ella desarrolló su personalidad en la escuela de Francisco de Paula: despojarse de todo *-pobreza evangélica-*; vivir en su verdad más radical de recibirlo todo de Dios *-humildad-*; en una constante y asidua conversión *-vida cuare-smal-*; en un clima de *silencio evangélico* para caminar en la *-pura y asidua oración-*, a fin de cimentar todo su ser en la *caridad* más ardiente.

Así supo vivir en esa espiritualidad mínima en integridad y coherencia de vida, dando una respuesta eficacísima a las necesidades del mundo en que vivía.

Hoy sigue siendo la vida de Sor Consuelo una llamada y un reclamo para la juventud. Ella interceda por todos.